DAVID MARTÍNEZ

ALGUNAS FLORES QUE AMABAS

A Nélida,
que siempre estuvo con ella

He aquí la casa donde la eternidad comienza
y nada pide a la vanidad del mundo;
la posada
donde sólo golpea el cansado corazón del hombre.
Quieta, allí en tu cerrada penumbra
transcurres. No cuentas como nosotros
la incertidumbre del tiempo,
esa amarga grandeza que es preciso vencer
mientras el amor, que también pasará,
nos envuelve en su ilusorio delirio.

Necesario es todavía cumplir
la insepulta condena,
el abismo de sentirse vivo
como el sol que sale y el sol que se pone.
¿Por qué entonces buscarte oh Dios,
en este pantano del desengaño y la fatiga,
como aullantes chacales
en medio de la noche que tu nombre oculta,
si todo ha de ser pasto de la hambrienta Nada
o ceniza, que ni siquiera el viento
desvanecerá en su tormento de luz?
En polvo volado
yace, madre, tu corazón
y la larga esperanza que sustentó tu pecho
caído ahora
cual fruta devastada.
Pero los oídos que en su ignorancia
modeló y adoró el humano,
miran aún desde el mármol
que les dio presencia;
no así el hombre,

limitado y fugaz
como zarza
que rompe el viento a su paso.

Y tú, madre mía,
nunca más volverás a enseñarme
la felicidad de los justos
ni sabrás disuadirme del error
y la culpa
como durante más de cuarenta años
hiciste.
En cenizas descansas. Duermes ya
el sueño sin aflicción ni términos,
en tanto, inútilmente
vengo a dejar en tu reposo
algunas flores que amabas...

Solamente unas flores,
Señora y Recuerdo de mis horas vacías,
hasta que el bien de nuestra Madre Única
-la tierra-
nos vuelva a reunir
en el seno de su escondido misterio.

Para siempre.

ARDE UN ROSTRO, DESDE LO SOMBRÍO

Anudado al latir que enciende la palabra,
como una gran cima donde la luz empieza su triunfo,
todavía me llaman las manos de la tierra en su temblor
de raíces,
junto a las quietas sílabas de las nubes
que desandan lo inmenso.
La fruta del mundo
penetra mi corazón, y canto.
Canto el fuego cercano de los árboles de oro
mojado por la luz de la mañana
en el lejano regocijo de su horizonte de antorchas.

Oh Dios, me diste un gran día para mirar tus
maravillas.
Más allá de las máscaras que enceguecen al hombre,
despierto en mi edad de soles, de pájaros

que son párpados, semillas,
toca la piedra que no cambia, me pierdo
sobrevivido en la larga sumisión de la distancia
para buscar la libertad que incendia tu mano hacedora.
Ahora que voy a cesar
y sé como llamarte:
La Mirada que no cierra
y me recoge.

CASI UN RUMOR, COMO NACIENDO...

De pronto
se secaron las hojas del árbol
y el fruto cayó ruidoso sobre el suelo.

El pájaro voló a la nube
donde no alcanzan a mirar los ojos.
Golpea el viento,
golpea
y cierra la última ventana.
Después de esta noche
asomará otra noche
y los rezos
andarán por los caminos junto a los niños.
Toca ese lecho cruzado de ramas y cabellos,
tu mano sobre la blanca ceniza del papel.

Llueve
la piedra brilla
y empiezas a descender,
desciendes sin nadie.